
Hacia una teología de la migración

P. Flor María Rigoni

Introducción

El hacer teología nace siempre de una vivencia, donde el ser humano relaciona su persona y los acontecimientos que lo rodean con *algo o alguien* considerado como trascendente. El camino teológico, en mi experiencia, mueve sus pasos casi balbuceando, a tientas, tratando de desentrañar un misterio que apenas se entreve o se percibe. Luego en un segundo momento empieza el tejido a triangulo entre *la divinidad – la persona y la historia* con sus eventos de tiempos y espacios. Es la reflexión que se vuelve concepto y palabra, partiendo de una dimensión de fe, no siempre conciente o expresada y tampoco muchas veces estructurada.

Moviéndonos en el campo de la movilidad humana con el intento de sembrar bases para una teología de la migración, pienso recorrer dos caminos:

- a. el proceder bíblico de cara a la historia
- b. el proceso de liberación y la celebración de las vivencias propias del migrante como *homo viator – peregrino y desterrado*, con una relación análoga al proceder bíblico.

La Biblia tiene definitivamente un concepto de historia muy distinto del concepto moderno. En la Biblia la historia es primeramente *recordar y celebrar*, hasta volver *memorial celebrativo*, los acontecimientos o los personajes del pasado y esto siempre desde la perspectiva del actuar de

* Padre Flor María Rigoni, c.s., es misionero contemplativo caminante, y director de la Casa de Migrante Belén en Tapachula, México. Esta ponencia fue presentada en la conferencia "Migración: Derechos Humanos y Desafíos Pastorales" el 23 de octubre 2003 en el Lago de Yojoa. La conferencia fue patrocinada por la Comunidad Teológica de Honduras, la Pastoral de Movilidad Humana, y FONAMIH.

Dios, hasta establecer una relación entre Dios y la respuesta del ser humano. Esta historia se vive en la Biblia como proceder de Dios para con su pueblo y como respuesta del mismo: la verdad histórica se vuelve entonces fidelidad al plan de Dios y la mentira histórica será el rechazo del mismo.

Con esta premisa voy a escoger dos pasajes que nos sirvan de marco referencial para nuestro intento de mover unos pasos hacia una teología de la migración.

El primero es el comienzo del libro del Éxodo y el segundo el marco histórico de los profetas.

En Éxodo (Ex. 1, 3ss) hallamos una lectura de la realidad que hace la Biblia del acontecimiento que define el proceso de formación e identidad del pueblo de Israel, hasta su relación eventual con Yahwé. Es el recuento de los eventos, inspirado por la presencia de Dios en el actuar de los diferentes personajes. Se nombran a las parteras porque fueron un sí en el plan de Dios, mientras se omiten los nombres por ejemplo de los capataces y del mismo faraón, que se opusieron al plan de Dios y se volvieron así *mentira histórica* según la concepción bíblica.

El segundo marco referencial es el tipo de introducción a casi todos los libros proféticos y las 2 introducciones digamos históricas de Lucas en su Evangelio, cuando quiere enmarcar el nacimiento de Cristo y el comienzo de la vida pública.

Un ejemplo entre tantos, tomado de Jeremías: *Estas son las palabras de Jeremías hijo de Hilquías, de los sacerdotes que estaban en Anatót, en la tierra de Benjamín. La palabra de Yahwé le vino en los Días de Josías hijo de Amón, rey de Judá, en el año 13 de su reinado. También le vino en los Días de Joaquín hijo de Josías, rey de Judá, hasta el final del año 11 de Sedequías hijo de Josías, rey de Judá, es decir, hasta la cautividad de Jerusalén en el mes quinto. Vino a Mí la palabra de Yahwé.*

Se sitúa al profeta en un marco histórico muy formal, dentro de una familia, bajo una autoridad religiosa y civil, dentro de un espacio y un tiempo y el irrumpir de Dios en este conjunto, que pasa a dejar de ser historia profana para volverse historia sagrada y desarrollo del plan de salvación.

Con estas premisas podemos definir los primeros pasos del hacer teología sobre la migración.

Migración como signo de nuestro aquí y ahora

Definir concepto de migración

La humanidad conoce la migración en su significado general desde el comienzo de la historia. El nomadismo, el moverse de un lugar a otro por la cacería o siguiendo el ciclo de las estaciones para las diferentes cosechas era normal. Es tan solo con el concepto moderno de estados nacionales y soberanos, con planeación económica y política que se establece el concepto de frontera como estructura superior a la libertad del ser humano de ir moviéndose de un lugar a otro y se le aplica el concepto muy antiguo del peaje, como se hacía por la mercancía. Migración además en la edad moderna, y como lo trataré en mi reflexión, indica a toda una masa de gente, a un pueblo que por necesidad (quieras tú económica, política, de persecución etc.) llega a la decisión de emigrar hacia otro país. No hablamos de turismo, ni de fenómenos análogos como por ejemplo los marítimos y los empleados de la industria aérea. Consideramos estas categorías ajenas al concepto moderno de migración, que asumimos en esta conferencia en su sentido estricto.

Las fronteras culturales y étnicas se van moviendo, el fenómeno ya es permanente desde hace 150 años y con una tendencia al alza. Son pueblos los que migran, son culturas que se encuentran, chocan e interactúan, son distintas formas de relacionarse con Dios las que están llamadas a confrontarse y son hasta diversos los dioses que se cruzan en el camino. La visión bíblica y la tradición profética se injertan en el acontecimiento histórico, asumen el clamor o la súplica, así como la culpa o la fiesta y la hunden en Dios, para regresar al aquí y ahora de forma salvífica con la visión de Dios. La migración en nuestro caso si por cierto la captamos desde sus rasgos sociológicos, o políticos o de drama, nuestro approach teológico es una reflexión que desentrañe y celebre el plan de Dios, su conducir por mano a su pueblo y hoy a la iglesia.

Partir de la realidad es partir desde el Dios encarnado, el Cristo que se hace palabra en una imagen y semejanza que asume el rostro del migrante y con él de la humanidad dispersada, en una nueva diáspora, llamada a ser comunidad reunida en el Resucitado.

Fundamentación teológica

El Dios que cruza fronteras - el Dios encarnado

La encarnación constituye el más profundo cruce de fronteras en la historia. Dios allana el muro entre cielo y tierra, espacio e infinito, tiempo y eternidad. El cerco levantado alrededor del Edén después del pecado, se desmorona por Aquel que vino a llamar a los pecadores y anunciar el amor del Padre que a todos invita a su comunión.

Dios decide de hacerse tiempo y espacio, palabra y signo, en una alianza constante con el ser humano, hasta sellarse en un matrimonio permanente, que nos regresa al desierto de la seducción de nuestra juventud cada vez que el adulterio o el divorcio están a punto de quebrar este camino de dos: Yahwé y el nefesh. Cristo entra en la historia quebrando fronteras, dejando un cielo de derecho por una tierra en la que es extranjero: *y vino en medio de los suyos y los suyos no lo reconocieron*. Él rompió las fronteras de la lógica, naciendo en un país sin pasaporte, vasallo del Imperio, ni siquiera conocía su lengua y sus tradiciones. Nació moreno, y dentro de esta tierra de Palestina, escogió la última de las aldeas; como decía mas arriba, llegó diverso de las que eran las expectativas. Era imagen y semejanza de aquel que lo había enviado y lo consideraron un *alien*.

Rompe categorías: habla con mujeres, perdona quienes antes siempre era condenado, declara primeros los últimos y últimos los primeros y con las bienaventuranzas anuncia la revolución de una nueva lógica. Cristo puede ser definido el primer *indocumentado de la historia, un san papiers*, como dicen en Europa. Se introduce casi a escondidas, naciendo afuera del campamento y muriendo como esclavo sin derechos de ciudadano afuera de los muros.

El Cristo peregrino en la historia – el Cristo homeless

Juan 1:14: *La Palabra se hizo carne y plantó su tienda entre nosotros*

El Dios encarnado de los Evangelios, el Cristo - Dios de la historia, pone su tienda en medio de nosotros, levanta su casa móvil en estafeta con el Dios bíblico. La tienda del Cristo es su madriguera, es la actitud de quien está en el camino, que no necesita ser buscado en una casa o

en el templo, sino en los cruceros, donde estarán los pobres, los cojos, los ciegos, los leprosos. Él viene como peregrino en medio de peregrinos, hermano de un pueblo que no tiene aquí morada permanente. El mismo relato de su nacimiento, aún en medio de las dudas que los evangelios de la infancia pueden justificar, pone al Dios de la historia, al Dios de rostro humano en las afueras, donde hallan refugio y posada los errantes, vagabundos, y los “*malditos*” pastores.

Es un Dios que se hace viajero en medio de nosotros en una mujer, Maria, la primera tienda caminante de la historia: embarazada de Dios camina sobre una tierra sagrada, la tierra de Dios encomendada y prestada a los hijos del hombre.

El Cristo que muere como extranjero, afuera de los muros

La inscripción del Imperio Romano sobre la cruz de Cristo por manos de Pilato es la sentencia del *civis romanus*, del derecho habiente sobre un extranjero, aún que sea Rey, porque lo es de un pueblo sujetado y de menos. Muere afuera de los muros, crucificado como los esclavos. Es más: muere como anatema - excomulgado según el autor de la carta a los Hebreos. (Hb.13,12-13)

Cristo no tiene ni el honor que tendrá uno de sus apóstoles, Pablo, el privilegio de morir por la espada como los ciudadanos. Cristo se solidariza con todo crucificado, con todo pobre de derechos (documentos – ciudadanía – cultura – poder político o económico). Cristo nace en la tierra como un refugiado sin derechos y como afirma la Carta a los Efesios, tumba con eso el muro de división, haciendo ciudadanos a los que estaban afuera, los excluidos. (Ef.2,14)

Migración como drama – clamor por un éxodo

El éxodo bíblico fue probablemente al comienzo un acontecimiento de tribus que deciden aliarse y fieles a su tradición de nómadas emprenden un camino hacia una nueva tierra. Según interpretaciones más recientes podría haber sido el retorno desde el destierro de Babilonia a Jerusalén. En este desarrollo se llevan a cabo unos aspectos particulares y tal vez excepcionales que la reflexión posterior enmarcará en la intervención de Dios, en un guía que irá asumiendo más y más el

papel de profeta, hasta considerar las diferentes tribus parte de una elección, que desemboca en el pueblo de Dios. Este mismo Dios se va revelando a partir de este primero encuentro, donde la pascua queda el fulcro del memorial y de la celebración.

Tomando este esquema como punto de referencia la mirada del teólogo hacia la migración se vuelve triangulación: *migración – Dios – proyecto salvífico*.

Regresando al pasaje citado de Ex.1,1ss. el hacer teología en la Biblia conlleva siempre una dimensión profética, un juicio de lo que es bueno y malo (*las parteras que temen a Dios, Dios que las premia y a lo largo de Éxodo Dios que interviene en contra del Faraón porque oprime y esclaviza*). Puesto que la migración está marcada por necesidad, pobreza, injusticia, por la violencia de la expulsión, por el desarraigo y la discriminación, junto con elementos positivos que veremos, el hacer teología de la migración conllevará necesariamente *denuncias y propuestas*. La teología de las migraciones (entendiendo con esto termino el concepto más amplio de movilidad humana) tendrá que leer la historia cotidiana para volverla historia de salvación.

Hacer de la migración una historia de Dios para con su pueblo.
"Yo no he habitado en una casa desde el día en que saqué a los Israelitas de Egipto, sino que he estado peregrinando de un sitio a otro en una tienda (1 Cron.17, 5)

El Dios bíblico es un Dios caminante, un Dios que sale de su palacio, el cielo, desde el primer relato de Génesis: *en la brisa de la tarde YHWH bajaba al jardín del Edén para platicar con los hijos del hombre*. (Gen.3, 8) Se hace tienda andando con su pueblo, tienda que sobrevive a la destrucción del templo de Jerusalén y se traslada encadenada con toda una comunidad deportada hacia el destierro de Babilonia. El Dios que escucha a su pueblo y lo aconseja en la *tienda del encuentro* durante el éxodo en el desierto sigue a lo largo del desenvolverse de la historia de salvación. Solamente en Éxodo la expresión *la tienda del encuentro* recurre 40 veces y en Levítico 44 veces. Es el concepto de *tienda refugio – tienda encuentro – diálogo* que seguirá en el nuevo templo de Salomón a lado del arca, símbolo de la peregrinación. El concepto de tienda afirma lo provisional de la vida

nómada, es el paso paralelo diríamos de la cintura ceñida y el cayado en la mano y de aquí el concepto de la pascua permanente, porque Dios va pasando, va invitando. El migrante pasa días y semanas en aquella tienda que es la naturaleza, con el cielo por techo y los animales por compañeros. El mismo desierto de su soledad, el andar escondiéndose como un Caín bandido por la comunidad, se vuelve lugar del éxodo bíblico de nuestros días, éxodo que clama por un profeta, un Moisés que indique el plan de Dios y un Aron que lo celebre en liturgia.

El Dios que se revela en Éxodo como Yahwé, el Dios que está aquí para con nosotros, es un Dios que oye el clamor de su pueblo, que rompe el silencio y se hace palabra, abandona lo remoto para hacerse cercanía, y pide a Moisés ser puente de enlace. Llego a decir que la situación que desata el éxodo y el caminar de Dios con su pueblo se transforma en unos sacramentos de la primera alianza. Hay signos eficaces (plagas – pasaje del Mar – Masa y Meribá etc.), que liberan de la esclavitud y se concretizan en el asentamiento en la tierra de la promesa. Este Dios del camino, seguirá siendo Dios de las veredas, del campo, de las estepas. (Cfr. 2Sam.)

Saldrá encadenado con su pueblo en la deportación a Babilonia, y con Ezequiel y los profetas será el corazón del rescate teológico rompiendo un cerco étnico por un horizonte universal. En el quehacer de la teología hacia la migración tenemos que encarnarnos con este mismo Dios en la realidad, escudriñar el nuevo lenguaje de Dios, subir hacia una mirada contemplativa que vuelva el exilio lugar teológico y litúrgico de una nueva pascua, que se conjuga en este caso ya con un nuevo Pentecostés de las naciones, culturas, razas y religiones. El concepto que de Dios tiene Israel antes del éxodo o antes del destierro no es el mismo que se halla después de los dos eventos. Dios se fue revelando, fue asumiendo las vivencias de drama y de fiesta, de explotación y liberación hasta armonizarlo todo en una novedad en continua dinámica.

Desatar el Éxodo

Como corolario se desprende la visión teológica de ser conciencia que desata el éxodo, que denuncia la situación de esclavitud y mueve a todo un pueblo a tomar el cayado hacia el desierto. La lectura del libro del Éxodo a este punto se hace analógica, en el sentido que tenemos

que volcar las categorías. La migración sale y cruza fronteras por necesidad. El éxodo de nuestros días es mover al camino, sacudir del cemento y de la certidumbre a cuantos piensan de haber llegado. Nuestra visión teológica tiene que aplicar en fuerza del mensaje de la migración el concepto del in-out, quiere decir mostrar la vulnerabilidad de quien se ha encerrado en las fortalezas de las estructuras de un pasaporte o de una nación que cuenta y que es de llegada de la migración, para recordar que todos somos peregrinos y llamados a la liberación.

Por consecuencia la migración tendrá que ser al mismo tiempo objeto de actitud de éxodo, delante de la tentación continua de regresar a las cebollas de Egipto, porque como en el caso del Faraón, también para todo migrante hay un patrón dispuesto a pagarte, con tal de quedarte esclavo en la nueva tierra o mismo en el camino.

Hay dentro de cada uno de nosotros el peligro constante de pensarnos *llegados, asentados*, de rechazar tajantemente el hecho de que puedan confundirnos con *los otros*. Hay el miedo de escuchar a nuestra espalda los pasos de quien nos persigue, los carros del Faraón o las botas de los soldados. Todo cristiano, y diría todo hombre, toda mujer en este sentido siguen en éxodo.

Es el concepto monástico de la xenateia, del ser extranjero y ciudadano al mismo tiempo en todo lugar, como afirma la carta a Diogneto...

Unos aspectos teológicos de la migración.

Partiendo de estas premisas trataré ahora de enfocarme sobre unos aspectos que considero posibles elementos para una teología de la migración.

La teología de una nueva kenosis

Pasar del Cristo pantocrátor al Cristo de Mt. 25: hambriento – desnudo – preso – migrante

El pasaje más significativo es el juicio de la caridad en Mateo 25,35ss. Sin querer entrar en un análisis exegético, aquí el hijo del Hombre se identifica con el hambriento, el sediento, el extranjero, el preso, el desnudo y el enfermo. La primera pregunta que se impone en una simple lectura podría ser formulada de la siguiente manera: ¿por

qué estas personas y no otras? ¿Cuales son los criterios que llevan a Cristo a identificarse con ellos?

La respuesta no es fácil. Ninguna de estas categorías incluye en si misma los rasgos de las bienaventuranzas; no buscan directamente la justicia, no usan misericordia, no son nombrados por ser constructores de paz o limpios de corazón... pueden ser tal vez pobres. Fundamentalmente se trata de categoría sociales... ni siquiera son nombrados por ser religiosos, israelitas, gente buena o mala. El único motivo que queda es el de relacionarlos a la categoría de *prójimo*, así como el que es descrito en la parábola del buen samaritano, en donde el pobre no posee por ejemplo algún título de pariente o de posible solidaridad cultural o patriótica... no es nada para el viajero y más bien sería un enemigo. Y aquí el evangelio de Mateo se funde con los criterios de la nueva ley, que invita a amar a nuestros enemigos, para ser como el Padre celeste que hace llover sobre justos e injustos. (Mt.5,48)

Digamos que son categorías de personas de riesgo, al margen de la sociedad o que por lo menos se vuelven de riesgo hasta que no salgan de este estatus social. Un ejemplo que puede aclarar el concepto nos viene del enfermo que puede ser antes y después de la enfermedad persona importante y que sin embargo se reduce a la impotencia y que queda expuesto al peligro del olvido durante la enfermedad.

Estas personas representan para el mundo occidental la categoría de los incapaces, de los fracasados y en el juicio difuso, no siempre explícito, se les condena o al menos se guarda una cierta distancia. Entre estas seis categorías de personas la historia registra solo un caso de rechazo formal hasta acuñar una palabra propia: *xenofobia*. Es el resultado evidente de la inseguridad frente al otro; y la consecuencia es una actitud de defensa... no lo conozco, no se quien sea, ignoro sus hábitos, intenciones y reacciones. Tal vez en ultima instancia es la percepción inconsciente de la incapacidad de dominarlo... no es de los míos o de los nuestros... nuestro dominio sobre él no es seguro. La xenofobia como símbolo puede extenderse a las otras categorías. Al final de cuentas el pobre, el enfermo, el desnudo o el preso (sobretudo el preso político e ideológico) el enfermo contagioso o peligroso son otros para mí, no puedo ni deseo identificarme con ellos. Como consecuencia

en la xenofobia hay una actitud de distancia, un tomar las medidas, un rechazo generalizado, cuando esto mismo no se transforma en persecución abierta.

La situación de diáspora está llamada a ser *vivencia de la resurrección*, experiencia del pasar del destierro a la boda del cordero, de la soledad a la comunidad, de la muerte a la vida.

Como conclusión: el Cristo rechazado aquí y ahora es el cristo escatológico, el Cristo de la Parusía y en nuestra relación con el migrante anticipamos la Parusía, rostro trasfigurado del Cristo crucificado.

Del Cristo Pantocrátor al Cristo crucificado

El Cristo migrante, encarnación olística del Cristo de Mateo 25, es el Cristo crucificado en las fronteras de nuestros días, es el pueblo rechazado y condenado afuera de los muros de nuestras Jerusalén actuales, es el Cristo minoritario, explotado, sin voz, que a cada rato escucha el sarcasmo de Pilato a su alrededor: *¿soy yo acaso Judío?* No te equivoques, hombre, no me identifiques contigo... Es el Cristo derrotado, perdedor, el Cristo que atraviesa nuestro planeta, pidiendo otra vez posada y terminando en un pesebre en su nacer y afuera de los muros en su morir.

El Cristo Pantocrátor es el Cristo del Imperio Bizantino, continuación cristianizada del Imperio romano. Con el migrante el Cristo vuelve a vestir la púrpura del poder en la cruz, a danzar colgado entre tierra y cielo, sin pertenecer por lo pronto a ninguna realidad de las dos. El grito de Cristo... *¿por qué me has abandonado?* sigue lacerando nuestros días. La tierra lo ha expulsado afuera de los muros con su autoridad religiosa y civil; el cielo no puede reconocer a un dios crucificado y queda colgado en el vacío, hombre de nadie, en tierra de nadie. Es el Cristo migrante de nuestros días. Echado por su tierra, rechazado en las fronteras de otros, preguntándose si aun es un ser viviente o un fantasma andando.

El Cristo migrante no ha conocido todavía la resurrección; su Calvario se prolonga mas allá de las tres horas, así como el sepulcro sellado sigue esperando el amanecer de un tercer DIA que parece alejarse mas y mas. El camino de Jesús hacia Jerusalén (Lc.13,12) ritma

los pasos de mismo migrante. Anuncia la resurrección, pero se enfoca en la pasión. El Cristo Pantocrátor para el migrante pertenece a la parusía, queda la visión de aquel mar de cristal, donde él repite arrancando sus pasos: *maranatha... ven Señor Jesús!*

Teología de la migración como herencia de la teología de la liberación

Tan solo una palabra, casi pedrada lanzada en la quietud de un charco de agua. En las migraciones asistimos hoy a la kénosis de todo un pueblo, al desmoronamiento de toda una comunidad. La iglesia imperio, la iglesia sociedad se ha vuelto *no-pueblo, la abandonada, la tierra devastada*. Este grito del libro de Isaías con la promesa de volver pueblo a quien ya es hijo de nadie retumba en nuestros oídos. En la teología de la migración veo personalmente la estafeta de la teología de la liberación, con la diferencia que este fenómeno traspasa todo el continente, toda cultura y raza. Llegaríamos con eso a una planetarización de la teología de la liberación latino americana y se engancharía con la teología de la negritude y la asiática.

Cambio de eclesiología

Desde una iglesia triunfante a una iglesia viandante

La Iglesia migrante nos remonta hoy como nunca a las primitivas comunidades cristianas, que se movían por el mundo helenístico como grupitos en la diáspora, como levadura callada y perseguida. La migración de nuestros días, sea ella árabe, budista, animista o cristiana pide hoy posada en sociedades establecidas, poderosas, arrogantes y siempre como minoría. Se trata de alguien considerado menos, de segundo nivel. En el mundo árabe del Medio Oriente la migración católica y cristiana de las Filipinas por ejemplo enfrenta las mismas condiciones del Imperio romano: imperio de siglos, con sus dioses, con sus leyes, con su absolutismo. Lo mismo podemos afirmar de las migraciones que se enfrentan al mundo cristiano, que ha transformado muchas veces a Dios en un ídolo, a sus tradiciones en mandamientos.

La revolución de las bienaventuranzas nos recuerda como los pobres, los constructores de paz (muchas veces constructores callados del ladrillo de nuestras viviendas), los perseguidos por la justicia son los vencedores. No podemos olvidar que la iglesia como Cristo, gana en la

derrota y pierde en los monumentos. Nos hemos quedado desde hace siglos en la expresión del Cristo que justificaba la dispensa del ayuno para sus discípulos, porque el novio estaba con ellos. Pero es tiempo de preguntarnos si no ha llegado el tiempo en que el novio nos ha sido quitado. El Cristo de los pobres, el Cristo migrante está crucificado. Es tiempo de ayuno. Es el tiempo que invita la iglesia a volverse viandante, minoritaria, perdedora. El Papa Juan Pablo II insiste en que la nueva constitución de la Unión Europea haga referencia a los valores fundamentales del cristianismo por su historia y por la cultura que la ha moldeado. Pero no olvidemos los cementerios de guerra que hemos sembrado en Europa y desde Europa en el mundo. No olvidemos que los grandes genocidios han nacido dentro del Cristianismo, desde los Indios de América latina a los de Estado Unidos; que la justificación del Holocausto y de las dictaduras trágicas también han tenido y siguen teniendo muchas veces el aval cristiano; las bombas atómicas lanzada sobre civiles vienen también de una cultura cristiana y el cerrazón hacia el extranjero es en gran parte cerrazón de civilizaciones cristianas. La iglesia migrante es sin duda iglesia sufriente, que no tiene nada que defender, que no necesita recurrir a estratagemas para justificar ni la guerra santa, ni la guerra justa, ni la propiedad privada, porque o la tiene: simplemente nos recuerda que la tierra es de todos.

La ambigüedad de Dios y el Dios universal

El migrante rompiendo con sus fronteras geográficas y culturales y abriéndose a otras nos abre una ventana nueva hacia el misterio de Dios: se trata de un Dios que habla muchos idiomas, que tiene piel curtida y pelo chino, a veces labios gruesos y nariz aplastada, que es hombre y mujer, que tiene otros nombres, que se ha revelado de formas distintas y en tiempos distintos (Hb.1,1s), es Dios del pasado y Dios del futuro, Dios de nuestro *aquí y ahora...*

La migración rompe con la tentación de apoderarnos de Dios, de hacer un Dios a nuestra imagen y semejanza, identificado y muy seguido enjaulado en nuestras culturas, filosofías, políticas y economías. Es un Dios él que el migrante lleva consigo que ha escogido la pobreza como su morada, que se expresa en otras categorías, que anda todavía libre... Escuchando a los migrantes de otros credos nos dimos cuenta de cómo hemos vuelto a Dios intocable, definido, encerado.

Por otro lado Dios queda el *desconocido*, hasta que no lleguemos a vivir el encuentro con el extranjero, con aquel que no tiene nada en común conmigo. Porque este mi Dios es también su Dios y para conocerlo en sus pliegues tengo que acercarme y descubrir este *otro* que también es depositario de otros rasgos de Dios.

La seducción pasó en mi vida por parte de aquel que rompió la primera frontera del tiempo y del espacio y se hizo tienda plantada en medio de nuestra humanidad: un tal *Cristo de Nazareth*. Desde entonces fue cruzando fronteras.

Actualización de la teología

La migración nos invita hoy hacia una visualización de la iglesia como peregrina y nos orienta a considerar la caridad su octavo sacramento. Juan Pablo II al comienzo de su pontificado definía la iglesia del siglo XXI como la iglesia migrante. Bajo este corte se desprenden varias consecuencias que aquí tan solo me permito enunciar, sin ninguna ambición de agotar el tema.

Las nuevas huidas a Egipto

Un ejemplo en el campo de la migración lo podríamos ver en la huida a Egipto. Hoy esto entraría en los estatutos del refugiado político. Es importante desarrollar este tipo de teología para salir de una clausura casi congénita donde nos enfocamos tan solo hacia los católicos o cristianos en general. La persecución en contra de alguien por su religión es en resumida cuenta una persecución en contra de Dios *sic et simpliciter*, aun que no se llame Yahwé o Cristo.

Los refugiados han asumido para Naciones Unidas uno de los compromisos más fuertes de nuestros días. Cuando hace unos años el ACNUR (UNHCR) hablaba de la *compassion fatigue* que marcaba en mi opinión una piedra millar en el lenguaje político y social de nuestra historia. El cansancio de la compasión – misericordia es un concepto ético y antropológico que destaca la espiritualidad del ser humano y de la organización social. En la teología no hemos acuñado los nuevos conceptos de la migración. La huida a Egipto puede ser un nuevo corte del Cristo crucificado, del Cristo perseguido. Aquel Dios que cruza el tiempo y el espacio y cruza la frontera entre cielo y tierra en la encarnación, conoce

el rechazo (Jn.1,...) y el destierro. No son episodios aislados, casi accidentes del camino del Dios encarnado, sino un teologúmeno en la línea de la humillación - exaltación, muerte - resurrección. Lo que el hombre y la mujer experimentan en la expulsión del jardín del Edén, Cristo lo vive en la persecución de Herodes. Hoy en día en todo refugiado Cristo renueva el camino de éxodo, el *iter in Jerusalén*.

Teología de la interetnicidad

La interetnicidad es tal vez la nueva perspectiva de una teología trinitaria en clave migratoria. La distinción de las personas como relación la experimentamos continuamente en la vivencia con pueblos de otras culturas, idiomas, razas y religiones. Es el Dios que ha hablado en tiempos distintos a nuestros padres, para eventualmente hablar en Cristo. Es este Cristo migrante que nos revela hoy el rostro trinitario en categorías diversas, en relaciones distintas y que clama por la unidad en la diversidad. Es el Pentecostés de la iglesia migrante, la nueva pascua de la iglesia. Es tiempo de rebasar la afirmación nihilista de Jean Paul Sastre: *el otro es el infierno*, para hacer del *otro* el icono del Padre. Con Cristo el pequeño, el sin derecho, el pobre se transforma en el sacramento de la parusía, cuando en el juicio de la caridad Cristo resuelve la cuestión bien - mal, justo - injusto por la relación de uno con su prójimo y con el más discriminado. La visión de Sastre nos encadena al axioma *homo homini lupus, homo homini servus*. En Cristo la invitación se vuelve: *homo homini frater*.

En la perspectiva cristiana desplegada por los miles de rostros de la migración, el otro es nuestra única ocasión de comunión y de una comunión *católica = universal*. Hoy en día volvemos desde un punto de vista sociológico al mundo cosmopolita del imperio romano, cuando el kerigma de la muerte y resurrección se dirigía a los paroikoi de la diáspora, a los griegos y bárbaros, a los esclavos y libres y a los hombres y la mujer. La migración clama por una nueva catolicidad, anuncio de la novedad cristiana.

Replanteamiento del derecho de ser persona

Por lo tanto, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios. (Ef.2,19) Las condiciones del Imperio Romano se están replanteando en todo el planeta. Tan solo los *ciudadanos* son herederos del derecho. No han

faltado en la jerarquía católica, a lado de profetas que defienden al extranjero, quien se haya casado con la idea del estado moderno discriminando al extranjero sin documentos. A nivel teológico tenemos que preguntarnos: *¿quien o qué fundamenta el derecho? ¿Cuáles son las prioridades: el estado o el ser humano?* Una traducción moderna del salmo 21 en América latina, suena así: *Las calles son hospitales ambulantes y el brillo de los ojos del niño ha desaparecido ... la medicina se ha convertido en lujo y la instrucción de los hijos en una carga imposible.*

El migrante, siendo por *naturaleza jurídica y territorial* el más indefenso, queda el blanco de una mentalidad y organización destabilizante, que no salva a los demás ciudadanos. Mi defensa del migrante como *grupo minoritario* se extiende a otros estrados de la sociedad que ya o muy pronto pueden ser blanco de una situación de *injusticia codificada*. Hoy son los indocumentados, los Indígenas, mañana los niños o los enfermos, los ancianos o la mujer. Si el criterio de dignidad es disponer de un papel para un derecho, entonces cuantos no tienen este papel en la vida civil, corren el riesgo de ser rechazados. Si los criterios sociales son los de la eficiencia, un enfermo terminal, un anciano o un niño discapacitado se vuelven carga para el Estado y se puede llegar a justificar su eliminación. No me miren mal. Hitler tan solo anticipó lo que podría llegar a suceder en un próximo futuro. Cuando hace 20 años en el Cañón Zapata, celebrando una misa dentro del territorio americano con más de tres mil aspirantes a cruzar en la noche y delante de la cadena televisiva CNN que me acusaba de solapar a ilegales – posibles criminales, le contestaba: *¿es un delito ofrecer dos manos para trabajar y ganar el pan de cada día, aún sin papeles?*

Migración evangelización itinerante

Ahora pues, no os entristezcáis ni os pese el haberme vendido acá, porque para preservación de vida me ha enviado Dios delante de vosotros. (Gen.45,5)

La historia de José vendido por sus hermanos, el desarrollo de su vida en tierra extranjera, desde la cárcel hasta el más alto poder concedido a un forastero en Egipto y la lectura que hace Génesis de todo el acontecer, se eleva a un plan teológico. José en la tragedia abre el camino para sus hermanos y su padre. Si por un lado la teología bíblica ha sabido relacionar José con el Cristo, hoy la migración puede

ser contemplada como camino abierto para el futuro: el Pentecostés se dará mañana. Hemos visto al migrante como objeto de nuestra diaconía de la caridad o como un feligrés que necesita de una pastoral especial. Pocas veces la teología y la eclesiología lo han considerado anillo del plan salvación, misionero itinerante de sus valores culturales, de sus credos y de su religión. La migración replantea el tema del Dios palabra dinámica, itinerante, actual en todo tiempo y en toda circunstancia.

Teología que reflexione sobre la injusticia, el orden de las realidades terrenales – el grito de Amos

En este hacernos escucha, acogida, camino con los migrantes y refugiados se ha venido fraguando una vivencia que nos ha revelado un rostro de Dios y del Cristo que queremos compartir, hasta afirmar que el migrante en su camino es un *icono* de la humanidad, de la iglesia y de Dios. La terminología usada por el migrante y que llega a volverse liturgia de su andar acuña una forma nueva de hacer teología. Es el impacto con una sagralidad y sacramentalidad que parte de su vivencia.

La teología de la migración clama también por una visión bíblica de la profecía y por una diaconía de la dignidad del ser humano. Entrar en este campo nos llevaría muy lejos. Lo quiero tan solo pincelar, para que otros investiguen y se hagan luz sobre aquel mismo Dios que oye el grito de su pueblo y se asoma a nuestro cielo.

Otra vez necesitamos alguien que sea hijo del pueblo como Moisés, que crezca a la corte del Faraón, que huya al desierto y regrese después para liberar a su mismo pueblo, pero hablando el lenguaje del Faraón y conociendo su estrategia. La migración en su nacer, en su camino y en su llegada es objeto de múltiples injusticia: su gente son los gladiadores de nuestros días, donde un dedo los puede oprimir o levantar, matar o liberar. ¿Hasta cuando Dios quedará bandido de nuestros parlamentos, de nuestras fábricas, escuelas, hospitales y calles, cuando se habla de extranjeros?

La dimensión de la xeniteia

“Los cristianos viven en sus propias patrias, pero como huéspedes; todo lo tienen en común con los demás como ciudadanos y todo lo sufren como peregrinos.

Toda tierra extranjera es para ellos patria y toda patria tierra ajena.” (Carta a Diogneto, 140 dC)

Esta dimensión de “*extranjería*” nos remonta a la vivencia de las primeras comunidades cristianas, que vivían con el pie levantado, en la vigilia de una pascua continua y permanente. Su vida se hundía así en un éxodo cotidiano.

Os digo, pues, hermanos: El tiempo es corto. Por tanto, los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen. Porque la apariencia de este mundo pasa. Los que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen. Os digo, pues, hermanos: El tiempo es corto. Por tanto, los que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen. Los que lloran, como si no llorasen. Los que estén alegres, como si no lo estuviesen. Los que compren, como si no poseyesen. (1Cor. 7,29-31)

No estamos aquí delante de una fuga mundi, tan ajena a la teología de pablo. Más bien es la relativización del afán de buscar seguridades superficiales. Cuanta gente se encierra en la fortaleza del color de un pasaporte, de una cuenta bancaria, del color de su piel, del idioma que habla para volver su existencia un fortín de cemento, desechando los demás los otros. Un escritor hebreo escribió un día:

*Tú eres el extranjero. ¿Y Yo?
Yo soy el extranjero para ti, ¿y tú?
Como dos estrellas siempre separadas, nos unirá la voluntad
de brillar juntas.*

Una vez más se aplica aquí el concepto de la teología del *in-out*. Saber ver la realidad desde el revés. Los extranjeros como ciudadanos del mundo y de la libertad.

[Tomado del recurso electrónico: <http://www.cchonduras.org/praxis/3rigoni.htm>]